

ROCHIETTI, Ana María; TAMAGNINI, Marcela (Comps.).
Arqueología de la frontera: estudios sobre los campos del sur cordobés. Río Cuarto: Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto, 2007. 316 p. Con fotografías, mapas y croquis.

Horacio Miguel Hernán Zapata

Universidad Nacional de Rosario, Argentina
E-mail: horazapatajotinsky@hotmail.com

Una de las preocupaciones centrales de las diversas investigaciones que se dieron con la renovación historiográfica argentina a partir de la década de 1980 fue la necesidad de analizar la construcción social, política y territorial del espacio que se definió como “nacional” a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Hoy sabemos que dicho espacio no sólo incluía a varias regiones atravesadas por múltiples conexiones a partir de sus circuitos de intercambio y sistemas productivos. También es posible aseverar que se trataba de un espacio que supuso el desarrollo de intensos conflictos por la ocupación y control de áreas estratégicas por parte de múltiples agentes de la realidad social y política del momento. En el cuadro de las líneas de investigación que permitieron avanzar en el sentido reseñado, se encuentran los denominados “estudios de frontera”. Una muy rápida revisión de los estudios de fronteras en el campo de las ciencias sociales nos posibilitaría observar que los avances han sido considerables tanto en lo que hace al aspecto metodológico como al temático.

El principal aporte ha sido, sin lugar a dudas, la reformulación del concepto de frontera como una línea que separaba dos mundos en conflicto, proveniente de un enfoque político-histórico y militar por mucho tiempo dominante en las posiciones nacionalistas. Tal

enfoque fue reemplazado por otra perspectiva más amplia y flexible que, conjugando los planteos de la historia, la antropología, la sociología y de diferentes ramas de la geografía, interpreta a la frontera como un área donde se producen fenómenos múltiples y dinámicos de interrelaciones entre sociedades distintas, pero siempre en contacto – cualquiera sea la modalidad de vinculación existente (intercambios pacíficos, relaciones desiguales y/o conflictos) – y en el marco de contextos históricos y culturales específicos diseñados por la capacidad de agencia y control que se ejerce en los márgenes territoriales. En efecto, se comenzó a matizar el énfasis puesto hasta el momento en la conflictividad interétnica y a mostrar la existencia de períodos de relativa tranquilidad que permitieron la vinculación entre sociedades indígenas e hispanocriollas a través del establecimiento de redes comerciales, reducciones y prácticas evangelizadoras de las distintas órdenes, acuerdos diplomáticos interétnicos y tratados de paz etc.

Precisamente, los artículos reunidos en la compilación *Arqueología de la frontera: estudios sobre los campos del sur cordobés* dan cuenta de esas innumerables situaciones, actores y prácticas que moldearon aquel mundo fronterizo que escapaba a los férreos parámetros delimitados por las agencias del Estado Nacional. Deconstruir tales límites arbitrarios y, mediante ello, mostrar el tránsito cotidiano de personas y elementos culturales de un lado a otro de la hipotética línea de separación es una de las claves que transita las páginas de la obra. Además, cabe destacar que los artículos que integran la compilación –algunos de ellos dados a conocer previamente a través de versiones preliminares en encuentros científicos y publicaciones especializadas– son el producto de un trabajo común que desarrollan profesionales docentes e investigadores nucleados en el Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria de la Universidad Nacional de Río Cuarto. En este sentido, la recuperación de aquello producido en la continuidad de proyectos personales y colectivos de investigación, en los debates sostenidos con otros colegas en seminarios, congresos y jornadas y en las aulas con los

estudiantes, es otra de las claves que permiten entender su transformación en los seis capítulos de este libro.

En el primer capítulo, Marcela Tamagnini presenta un minucioso estudio donde examina las características del conflicto interétnico que se desarrolló en la década de 1860 en la frontera sur de Córdoba. De acuerdo con la autora, dicho conflicto estuvo permeado tanto por las acciones desplegadas para concretar la unificación del Estado argentino como por las resistencias que este proyecto generó, en especial aquellas protagonizadas por las montoneras provinciales lideradas por el Chacho Peñaloza en 1862 y 1863 y por Felipe Varela en 1867. Estos levantamientos trastocaron el complejo panorama político y social regional, sumando un componente más al largo conflicto interétnico que se expresó – conforme las coyunturas lo posibilitaban – a través de la acción combinada de las montoneras provinciales con las invasiones indígenas *ranqueles* que convulsionaron el espacio fronterizo del sur cordobés a partir de 1861. Deteniéndose en este tema poco explorado por la historiografía argentina, Tamagnini observa que el tránsito de exiliados políticos, prófugos de la ley y desertores de las milicias entre la frontera y las *tolderías*, el intercambio de información, los estallidos simultáneos de ambas fuerzas e incluso la incorporación de indígenas en las montoneras son algunos de los datos que nos permiten ratificar – como lo han hecho otros estudios – el complejo haz de relaciones que vinculaba al mundo indígena con la sociedad hispanocriolla y viceversa a través de la fluctuante línea que marcaba, de manera no muy precisa, los espacios formales que cada uno de ellos controlaba. En tanto que la autora no dicotomiza entre montoneras federales y malones indígenas, sino que las une y suma conceptualmente para brindarnos una imagen histórica más heterogénea y compleja, pone de manifiesto las diversas dinámicas que resultaron de un mismo fenómeno histórico: las oposiciones al orden mitrista.

Ernesto Olmedo se ocupa de la frontera militar en el segundo capítulo. La estructura defensiva, que comprendía diferentes tipos de asentamiento como fuertes, fortines, postas y campamentos, estaba basada en dos principios básicos: uno estático, que conducía a

establecer una línea de fortificación, imaginaria y endeble, que procuraba demarcar las tierras apropiadas, las incipientes estancias y/o campos de rodeo de ganado y los caminos; el otro temporal, puesto que la primera de estas líneas, denominada “del río Cuarto”, permaneció por más de ochenta años asentada sobre dicho accidente natural. El autor efectúa un repaso histórico sobre la lenta constitución de esa línea militar y sus diferentes movimientos – primero la del río Cuarto (1784), luego la del Quinto (1869), la “retaguardia entre ambas” (1871) y la correspondiente al Proyecto del Ministro Alsina (1876) –, describiendo tanto las características como las funciones de los diferentes asentamientos militares, para finalmente asentar que la táctica en la cual se asentaron los dos principios mencionados fue la permanente movilización de la tropa. En función de esta premisa, Olmedo considera las distintas fuerzas militares involucradas en la frontera – ejército y milicias – los mecanismos de reclutamiento y las políticas proyectadas por las autoridades nacionales y locales, tanto voluntarias como compulsivas, para remediar la constante falta de fuerzas militares. De esta manera, el fuerte aparece como un *locus* en el que se sobrellevaban los intentos del Estado Central de subordinar a la población rural, imponiéndole un orden político y social bajo la forma de un servicio militar obligatorio en las milicias o mediante la persecución y reclutamiento de vagos, malentretidos y ladrones sancionados por los “reglamentos de campaña” incitados por los grupos propietarios de la región. Pero también se asoma el retrato del fuerte como una arena desde donde fue viable para las poblaciones de la frontera formular operaciones de resistencia frente al ordenamiento social y económico que el Estado en formación pretendía imponer. Algunos de esos focos se manifestaron solamente de manera subrepticia, como la apelación al recurso de la desertión individual o colectiva, mientras que otras estrategias adquirieron más notoriedad, desenlazándose en último caso en historias de abiertas sublevaciones y/o levantamientos armados.

Con el tercer capítulo, Graciana Pérez Zavala contribuye con una investigación cuyo objetivo principal es explicar las razones por

las cuales el Gobierno Nacional logró conducir los movimientos de los ranqueles en la década de 1870. La historiadora plantea que en este período la administración central arrinconó territorial y políticamente a los indígenas mediante una política que conllevó, simultáneamente, la puesta en práctica de ofensivas bélicas, proyectos colonizadores y pactos diplomáticos. En efecto, los avances paulatinos de la línea militar hacia el sur, las “corridas” y campañas punitivas sobre los toldos principales o más cercanos a la frontera, la concreción de tratados de paz con determinadas parcialidades indígenas y la instalación de reducciones de *ranqueles* en los fuertes del río Quinto fueron algunas de las estrategias que posibilitaron, por un lado, asegurar el repliegue de los indígenas y la neutralización de sus malones sobre la frontera en el corto plazo; y, por el otro, concretar materialmente el plan de avance territorial en el largo plazo. No obstante, la mirada vertida por la autora no registra un camino interpretativo lineal, en términos de acciones y reacciones, o causas y consecuencias inmediatas. Muy por el contrario, devela con astucia e inteligencia la complicada trama de las relaciones intraétnicas e interétnicas que tiñen los vínculos, alianzas y enfrentamientos así como los factores que incidieron en sus trayectorias. De este modo Pérez Zavala reconstruye el camino que va desde el acercamiento entre el gobierno de la Confederación y los grupos ranqueles hacia la década de 1850, momento en el cual los indígenas explotaron al máximo su capacidad de negociación en un escenario salpicado por las disputas, tensiones y desconfianzas entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación, pasando por la coyuntura histórica abierta por la batalla de Pavón y el correspondiente recambio en la correlación de fuerzas a nivel nacional. Es por entonces cuando emerge esa suerte de alianza entre los ranqueles y las montoneras provinciales en oposición al gobierno de Mitre analizado previamente por Tamagnini, para finalizar en el quiebre del equilibrio de poder entre los *ranqueles* y el Gobierno Central en el ocaso de la década de 1860, cuando ya la dirigencia argentina ha resuelto gran parte de sus frentes de conflicto y ha podido avanzar territorialmente sobre la frontera sur. En ese marco, el Estado Central impone a las tribus condiciones de paz

unilaterales, recortando sus márgenes de negociación política y obligando a realizar reacomodamientos en el interior del campo indígena, alterando de esa forma el tablero de las alianzas grupales y étnicas, modificaciones que terminan definiendo el consecuente arrinconamiento político.

Finalmente, a partir de una investigación sustentada en la arqueología del Fuerte de las Achiras – fundado en 1832 y reconstruido tres veces a lo largo de 34 años hasta su desactivación en 1869 – y la Posta militar de Chaján – que data del año 1871 –, Flavio Ribero y Ana María Rochietti procuran demostrar, tanto en los capítulos cuatro y cinco como en el epílogo del libro, que los vestigios materiales de ese mundo hacen posible, en primer lugar, la construcción de una Arqueología de la Frontera de carácter social y de una Antropología del Desierto; y, en segundo lugar, su descubrimiento relativamente tardío viene a completar la interpretación que sucesivas generaciones de historiadores han esbozado desde el momento mismo en que una y otro, la frontera y el desierto, en tanto constructos sociales e intelectuales de una etapa, dejaron de existir. Respecto del primer aspecto, Rochietti remarca que los abordajes arqueológicos tradicionales privilegiaron el estudio de pasados más remotos, relegando así a la arqueología de la frontera a un espacio marginal en la agenda investigativa, situación que se fue modificando en los últimos años a partir de los avances empíricos y conceptuales antropológicos e históricos sobre la temática. La autora pasa revista a las primeras pesquisas que se dieron en el sentido reseñado, dando cuenta de la heterogeneidad de los problemas, enfoques y metodologías, un ejercicio en el que además puede leerse su propio posicionamiento conceptual y epistemológico en el marco de la discusión general sobre la especificidad y características de la Arqueología Histórica. En lo subsiguiente, Rochietti concentra su estudio en la arqueología del fuerte de Achiras y del fortín de Chaján, aportando para estos dos sitios una pormenorizada descripción y contextualización a partir de los registros materiales que se conjugan con la permanente consulta de fuentes documentales. A su turno, Ribero indaga las razones que llevaron a avanzar a los pobladores rurales más allá de los límites

demarcados por la línea de la frontera del río Cuarto desde la época colonial, cuando Chaján aparece mencionado tempranamente como un *paraje* que más tarde se constituiría en una Estancia, luego en un *vecindario* y finalmente en una Posta Militar. En cada momento, el autor reconstruye las particularidades del poblamiento y la decisiva influencia que tuvieron sobre ese paraje tanto las oscilaciones de la conflictividad interétnica como las modalidades de la explotación rural y las disputas jurisdiccionales entre las provincias de San Luis y Córdoba por tal espacio.

En un plano de reflexión más general, nuestro breve *racconto* de lo que el futuro lector podrá encontrar en las páginas de *Arqueología de la frontera* debe considerarse, huelga decirlo, como una síntesis de los capítulos que no le hace justicia al contenido de un libro rico en datos pero por sobre todo en análisis e interpretación. Es así que, en vistas de la escasez de trabajos previos sobre el tema y la región, la obra se presenta como un verdadero libro de cabecera, ya que a la incursión conjunta que hacen historiadores y arqueólogos se agrega la elección más que oportuna de abordar, en ciertos casos, agentes y problemáticas casi ignoradas por la historiografía cordobesa, dejando intencionalmente a un lado otras más trabajadas por el campo académico regional. Tenemos aquí, pues, un análisis minucioso y concreto de esos fenómenos tan fatigados por la literatura antropológica (las relaciones interétnicas) como por la historia nacional (los procesos de construcción estatal y sus resistencias), acompañado por excelentes mapas, croquis e imágenes que no sólo ayudan al lector a ubicarse constantemente, sino que lo distienden e incluso alivian la minuciosa estrategia interpretativa, de gran sensibilidad conceptual y descriptiva, puesta en juego en cada capítulo. Pero también contamos con un excelente material que ofrece una visión sugestiva y crítica acerca de la labor que compete a las ciencias sociales hoy que – a juzgar por los tiempos que corren – mucho tienen para decir y hacer todavía en lo que respecta a los distintos contextos y situaciones de frontera, donde subyace una cultura distinta a la que impera al interior de cada uno de los países. Una cultura resultado de la hibridación de costumbres, tradiciones, creencias y valores que, en

su mismo tejido, genera desigualdades y rechazos, tanto entre los de adentro como los de afuera. Por todo lo antedicho, es de esperar que su aparición sirva de disparador para nuevos estudios afines a la arqueología histórica que continúen o complementen al que hoy pone a disposición de la comunidad científica y del público en general este equipo interdisciplinario de la Universidad Nacional de Río Cuarto.

Recibido em: 15/09/2011

Aceite em: 31/10/2011